

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA EDICIÓN DE LIBROS DE NO FICCIÓN

Joaquim Palau
Arpa Editorial

Hay quien escribe y hay quien lee, con las variantes y proporciones que se quiera. Naturalmente, el mundo no se reduce a estas dos esferas pero sí puede decirse que el mundo del libro orbita entre ambas. Luego, en un punto indeterminado de su intersección, se encuentra la disonancia o rareza útil del editor.

Un editor es algo remotamente parecido a un escritor que no haya escrito una sola línea jamás, pero que lee, toma notas y hace sumas y restas. Leer, anotar y hacer cálculos sobre los libros que publica, esa es la ocupación fundamental. Si solo leyera o solo tomase notas o solo calculara el editor languidecería hasta un inevitable sanseacabó.

Leer, corregir y calcular puede hacerse bien, mal o regular, por separado o simultáneamente. No todas las combinaciones de las tres tareas sacan del apuro a un editor, pero solo se sale adelante con combinaciones de las tres.

Un buen editor son muchas funciones y varias personas. Nunca jamás una sola persona o una sola función.

Un editor de no ficción debería grabar sobre el tablero de su mesa la antigua conseja de los comerciales de enciclopedias: los libros no se compran, los libros se venden.

Un editor de no ficción y un editor de ficción desempeñan aproximadamente las mismas funciones, pero con distintos caracteres o perfiles psicológicos. Incluso los editores ambidiestros, que los hay, suelen desenvolverse mejor con una mano que con otra y lo saben.

Ganarse la vida editando libros es una maravilla, que no recomiendo vivamente. Son pocas las personas que una vez picadas por este gusanillo quieran luego abandonar el oficio o el sector. Con todo, en las mejores escuelas de negocios corre la simpática máxima de que “el que vale, vale, y el que no, al sector editorial”.

También produce gran satisfacción editar un manuscrito y mejorar en algo sus prestaciones iniciales. Pero los dos momentos de excitación incomparable para el editor de no ficción en el trayecto vital de un libro serían: el inicial de tropezar inopinadamente con un manuscrito excelente, y el postrero de abrir la caja en la que llegan los primeros ejemplares de la imprenta.

Casi todas las personas de valía guardan en su fuero interno materiales convertibles en expresión literaria a su vez transformable en libro. Pueden saberlo o pueden no saberlo. Creérselo o no creérselo. Además, es indiferente ser un verdadero hijo de puta o un santo varón para tener un potencial libro en la cabeza. Un editor de no ficción está al tanto de estas cosas y puede y debe sacarles mucho partido. Un editor de ficción, no.

Escribir sobre uno mismo (memorias, dietarios, cuadernos de viajes y cosas así) es peligrosísimo. No porque se peque de soberbia, como argumentaba el taciturno Pascal del alegre Montaigne y de tantos otros, sino por ser harto difícil distinguir con buen criterio entre lo que al autor le interesa contar al lector y lo que interesa al lector que se le cuente. Después está el cómo, que es esencial también, pero va luego.

Todo anhelo literario tardío debería tener en consideración la sabia conseja de Cervantes de que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento.

Es un error no inusual que el éxito empuje a un autor de no ficción a intentar escribir una novela. Todo el mundo puede escribir unas memorias o un ensayo, pongo por caso, y cada cual lo hará mejor o peor. Pero solo una cabeza de novelista puede escribir novelas de verdad. Parece mentira que no se admita algo tan evidente y sencillo de entender. Esto no desacredita para nada al ensayo o a géneros afines, tan meritorios y poderosos como el de la novela, pero es que sin el don de la alteridad no hay novelista que valga y ese don al ensayo no se le exige. Por eso de muchas novelas antes que malas diría que son falsas novelas, trampantojos de novela. No ocurre así en el ensayo, que será más o menos interesante, perspicaz, original, ingenioso, etc., pero nunca parecerá lo que no es.

No está nada claro si la poesía pertenece al reino de la ficción o al de la no ficción. Un día lo discutíamos con Joan Margarit, pero no recuerdo con claridad qué pensaba él ni qué dije yo.

Como editor de no ficción desconfío de los autores que utilizan mucho los pronombres personales o los yo, me, mi, conmigo. Hay ejemplos notorios en nuestras letras, ficcionales y no ficcionales.

Los libros de no ficción, del género que sea, no deberían ser más largos de lo imprescindible. Se dan excepciones a esta regla, pero son eso, excepciones. Como en la actualidad todo sucede más rápido, los lapsos de tiempo se acortan y lo acortan todo, también a los libros.

Hay falsos largos libros, con el disfraz de papel volumen, caja pequeña y tamaño de letra e interlínea generosas. Se trata de dar apariencia y justificar un precio.

Hoy no recomendaría editar libros con muchas notas a pie de página, incluso si se trata de libros académicos. Además su abuso sugiere cierta limitación narrativa.

Un subgénero importantísimo de la no ficción es el llamado 'libro práctico', divisible a su vez tantas veces como se quiera. En estas consideraciones no me refiero a ellos de forma específica, pero su importancia es enorme desde la antigüedad y merecen reflexiones jugosas y propias.

Las nuevas generaciones de lectores empiezan a desconfiar del saber por el saber, de lo intelectual *en sí*. Simpatizan cada vez más con el saber para mejorar y desarrollarse como personas. De ahí que crea cada vez más en la buena divulgación y en esos libros útiles o prácticos, que mi generación tal vez subestimó culturalmente tiempo atrás.

Al entrar en una librería bien servida, un editor de no ficción que desee conocer los trabajos y los días de sus colegas constatará con cierta melancolía que 1) hay muchos libros muy buenos. Con indisimulada pesadumbre que 2) hay muchísimos libros buenos sin más, y con un sordo e hipócrita desdén que 3) son incontables los libros mediocres. Pero 4) nadie sabe a ciencia cierta qué sentimiento invade a un editor de no ficción en relación a los libros malos, que si bien se mira serán la mayoría. Mi hipótesis es que se trata de una variante profesional de la aporofobia.

No conozco el caso de ver triunfar comercialmente un libro decididamente malo. Por lo general, los libros que se venden bien son buenos o más que correctos en su género y para su lector objetivo. Es muy pero que muy difícil editar y publicar libros de esos supuestamente malos pero en verdad excelentes y lograr que tengan muchísimos lectores.

Los subgéneros de la no ficción no son comparables a los de la ficción, y además no están tan sometidos al embate de las modas. Son más numerosos y como si dijéramos de hoja perenne. Ambos bandos cuentan con ventajas y desventajas, armas de ataque y armas de defensa.

El de *no ficción* es un concepto artificioso y a la defensiva, un rebote del de *ficción*, de uso profesional en el mundo editorial y poco más. Es extraño que no se haya encontrado una palabra autónoma, que se valga por sí misma. En su defecto, la cara irá siempre antes que la cruz, las blancas primero que las negras.

Consideremos el ensayo histórico, la investigación histórica, la memoria, la autobiografía, la biografía, la biografía novelada o... *Ana Karenina*. Desde este punto de vista la ficción es la leche.

Un prejuicio habitual de los editores es el del ‘autor pesetero’. Dícese del autor que pide dinero con machacona insistencia, desde la primera página de su libro a la última, como si dijéramos. Es sin duda un prejuicio.

El autor de no ficción debiera exigir a su editor de no ficción eficacia editorial, comercial y promocional. Luego, transparencia. Y solo después, el dinero que corresponda.

En cambio, no es un prejuicio de editor el del “autor plasta”. Los hay, lo sabemos todos y hay que aguantarse, sobre todo cuando ese autor ha depositado en ti su confianza, años de trabajo y un montón de expectativas. Quien no entienda eso que no sea editor, y si se da el caso de alguien que ya ejerce y no lo entiende, en realidad es que solo interpreta.

¿Sería hermoso o sería catastrófico que un autor con más de dos títulos en el catálogo de la Editorial se hiciera por ello acreedor al 1% de la propiedad de la empresa?

Los amigos de algunos autores les confiesan desconsolados que nunca encuentran su libro en ninguna librería cuando han ido a comprarlo. En esto tanto montan los amigos de autores de no ficción como los amigos de autores de ficción. Únicamente en este caso justifico que el editor no se muerda la lengua y le desvele al autor toda la verdad.

“Dejen de decir sandeces, ustedes no fabrican papel, ustedes contratan talento”, oí decir hace ya mucho al viejo Lara a un grupo de editores aterrados por el tsunami del CD-ROM.

La lectura se crea, se destruye y se transforma. Esta es la cuestión.

Ae